

Gavroche arrojó la bolsa por encima del seto, y echó á correr á toda prisa.

La bolsa fué á caer sobre los piés del tío Mabeuf. Esta conmocion despertó al pobre viejo, quien se inclinó y recogió la bolsa. Nada comprendía él lo que estaba pasando. La abrió, y vió que era una bolsa de dos compartimientos; en uno de ellos, habia algunas monedas de cobre; el otro contenia seis napoleones de oro.

El tío Mabeuf, todo azorado y aturdido de lo que estaba viendo, llevó el hallazgo á su ama de gobierno.

— ¡ Esto cae del cielo ! dijo la tía Plutarco.

---

## LIBRO QUINTO

### CUYO FIN

NO SE PARECE AL PRINCIPIO

---

#### I

#### LA SOLEDAD Y EL CUARTEL COMBINADOS

El dolor de Coseta, tan punzante aún y tan vivo cuatro ó cinco meses ántes, habia entrado ya en convalecencia, sin que ella lo notara siquiera. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor á su padre, la alegría de las aves y de las flores, hacian filtrar poco á poco, día por día, gota á gota, en aquella alma tan virginal y tan jóven, un no sé qué algo semejante al olvido. ¿ Sería que el fuego se iba apagando allí enteramente ? ¿ ó bien sólo se formaban ciertas capd

de ceniza? Sea de esto lo que quiera, el hecho es que casi no se sentía ella ya punto alguno dolorido ni abrasado.

Un día la ocurrió de repente acordarse de Marius: — ¡Vaya! dijo, ya nunca pienso en él.

En aquella misma semana observó, al pasar por delante de la verja del jardín, un oficial de lanceros bastante guapo, con talle de avispa, brillante uniforme, mejillas de jovencita, sable bajo el brazo, bigote encerado, y chascas relucientes de charol. Por lo demás, pelo rubio, ojos azules y saltones, cara redonda, vana, ostentosa, insolente y bonita; todo lo contrario de Marius. El acicalado oficialito llevaba un puro en la boca. — Coseta pensó que aquel oficial pertenecía sin duda al regimiento que estaba acuartelado en la calle de Babilonia.

Al día siguiente, volvió á verle pasar, y se hizo ella cargo de la hora.

Á partir de este momento, ¿sería tal vez casualidad? le vió pasar casi todos los días.

Los camaradas del oficial observaron que había allí, en aquel jardín « mal conservado, » detrás de aquella herumbrosa y vetusta verja, una muchacha bastante lindita, que se hallaba casi siempre mirando por entre la verja en el momento de pasar el teniente buen mozo, el cual es ya conocido del lector y se llamaba Theódulo Gillenormand.

— ¡Vamos! le decían sus compañeros, allí hay una niña que te hace buenos ojos, mírala.

— ¿Por ventura, respondió el lancero, tengo yo tiempo para mirar á todas las chicas que ponen los ojos en mí?

Precisamente este era el instante en que Marius descendía gravemente hácia la agonía y decía para sí: — ¡Si pudiera verla siquiera una vez más ántes de morir! Si este deseo suyo se hubiera cumplido, si hubiera él visto en este momento á Coseta mirando á un lancero, no habría podido pronunciar ni una sola palabra, y habría espirado de dolor.

¿Quién tiene la culpa? Nadie.

Marius era uno de esos temperamentos que se sumergen en la tristeza y que allí fijan su residencia; Coseta era de los que se sumergen, pero que al cabo salen de aquella lúgubre morada.

Por otra parte, Coseta atravesaba ese momento peligroso, fase terrible de los ensueños femeninos abandonados á su propia accion, en que el corazón de una jóven aislada se asemeja á esos tiernos tallos ó pámpanos de la vid que se adhieren indiferentemente y á la ventura, al capitel de una columna de mármol ó al poste de una taberna. Momento rápido y decisivo, crítico en extremo para toda huérfana, bien sea ella pobre ó rica, pues la riqueza no pone á la mujer á salvo de una mala eleccion; las malas alianzas se realizan tambien con harta frecuencia en las regiones más elevadas; la verdadera mala alianza es la de las almas; y á la manera que más de un jóven desconocido, sin nombre, sin nacimiento, sin fortuna, es un capitel de mármol que sostiene un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, del mismo modo tal hombre, de la sociedad satisfecha y opulenta, que usa botas almibaradas y palabras charoladas, si bien se mira, no el exterior, sino el interior, es decir, lo que está reservado á la mujer, no es otra cosa que un poste grosero y estúpido, oscuramente frecuentado por las pasiones más violentas, inmundas y vinosas; el poste de una taberna.

¿Qué es lo que había en el alma de Coseta? Pasion calmada ó adormecida; amor en el estado flotante; una cosa pura y brillante turbada á cierta profundidad, sombría más abajo. La imagen del lindo oficialito se reflejaba en la superficie. ¿Existía acaso un recuerdo en el fondo, — enteramente en el fondo? — Tal vez. Coseta no lo sabía.

Entonces avino un incidente singular.



II

MIEDOS DE COSETA

En la primera quincena de Abril, hizo Juan Valjean un viaje. Escosa sabida, por lo demas, que esto le sucedia á él de vez en cuando, con muy largos intervalos. Su ausencia solia durar uno ó dos dias, á lo más. ¿ Adónde iba ? nadie lo sabia, ni áun Coseta. Sólo una vez, en una de estas expediciones, le habia ella acompañado en fiacre hasta la esquina de un pequeño callejon sin salida en cuya entrada se leia : *Impasse de la Planchette*. Al llegar á este sitio, se habia él apeado, y el fiacre habia vuelto á llevar á Coseta á la calle de Babilonia. Generalmente hacia Juan Valjean estas breves excursiones cuando en casa hacia falta dinero.

Juan Valjean se hallaba pues ausente. Al marchar, habia dicho : Dentro de tres dias estaré de vuelta.

Aquella noche estaba Coseta sola en su salon. Con el objeto de distraerse, habia abierto el piano y se habia puesto

á cantar, acompañándose, el coro de Euryantho : *Cazadores extraviados en los bosques !* que tal vez es lo más hermoso que hay en toda la música. Luégo que le hubo concluido, la niña quedó como pensativa.

De repente se la figuró que oia pasos en el jardin.

No podia ser su padre, que estaba ausente ; tampoco podia ser la Toussaint, porque estaba acostada. Eran las diez de la noche.

Dirigióse junto á la ventana de la sala, que estaba cerrada, y aplicó allí el oído.

Creyó notar pasos de un hombre, y que andaba muy despacio.

Subió rápidamente al primer piso, á su cuarto, abrió un postiguillo que tenia su ventana, y por allí miró al jardin. Era el momento de la luna llena ; de modo que se veia con tanta claridad como en mitad del dia.

No habia nadie.

Abrió en seguida la ventana. El jardin se hallaba en una calma absoluta, y todo lo que se veia de la calle estaba desierto como siempre.

Coseta pensó que se habia engañado ; que habia creido oir pasos. Sin duda fué aquello una alucinacion producida por el sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre al espíritu inmensas y pavorosas profundidades, que tiembla ante una mirada como la selva vertiginosa y donde se hace oir el crujido de las ramas muertas bajo el paso inquieto de los cazadores entrevistados en el crepúsculo.

Ya no volvió ella á pensar en semejante cosa.

Por lo demas, Coseta, por naturaleza, no era muy propensa á asustarse. Habia en sus venas sangre de gitana y de aventurera que va descalza. El lector recordará que ella era más bien calandria que paloma. Tenia un fondo hurano y bravio.

Al dia siguiente, algo más temprano, apenas anochecido.

estaba ella paseándose en el jardín. En medio de los pensamientos confusos que la ocupaban, creyó distinguir bien por instantes un ruido igual al de la vispera, como de una persona que marchara por la oscuridad, entre los árboles, no muy léjos de ella; pero se decía á sí misma que nada se parece tanto á unos pasos de alguién que anda sobre la yerba como el frotamiento de dos ramas sacudidas por el viento, y no hizo caso ninguno. Por lo demas, ella nada veía.

Salió de «las malezas»; quedábala que atravesar una pequeña pradera de yerba para llegar á la escalera. La luna, que acababa de elevarse á su espalda, proyectó, al mismo tiempo que Coseta salía de la espesura, su sombra delante de ella sobre aquella pradera.

Coseta se detuvo aterrorizada.

Al lado de su sombra, la luna dibujaba distintamente sobre el césped otra sombra singularmente espantosa y terrible, una sombra que tenía un sombrero redondo.

Era como la sombra de un hombre que hubiese estado de pié sobre la orilla de la espesura á poco pasos detras de Coseta.

Durante un minuto estuvo ella sin poder hablar, ni gritar, ni llamar, ni moverse, ni volver siquiera la cabeza.

Por fin logró reunir todo su valor y volvió la vista atras resueltamente.

No habia nadie.

Miró hácia el suelo. La sombra habia desaparecido.

Volvió á entrar en las malezas, registró y escudriñó animosa todos los rincones, llegando hasta la verja, y no halló nada.

Sintióse verdaderamente helada. ¿Sería esto tambien una alucinacion? ¡Cómo! dos dias seguidos! Una alucinacion, pase, pero dos alucinaciones? Lo que la inquietaba sobremanera, es que la sombra no era seguramente una fan-

tasma. Las fantasmas no suelen llevar sombrero redondo.

Al otro dia volvió Juan Valjean. Coseta le refirió lo ocurrido, lo que ella habia creído oír y ver; esperando que su padre la tranquilizaria, y que se encogeria de hombros diciéndola: Eres una niña loca.

Léjos de ser así, Juan Valjean entró en el mayor cuidado y recelo.

— No, eso no es posible que deje de ser algo, dijo él.

La dejó, con un pretexto cualquiera, y se fué al jardín. Ella le observó que se puso á examinar la verja con mucha atencion.

Aquella noche despertó ella; esta vez ya estaba segura de que oía distintamente pasos muy cerca de la escalera del jardín, debajo de su ventana. Corrió á su postiguillo y le abrió. Con efecto, en el jardín habia un hombre que tenía un enorme garrote en la mano. En el momento en que ella iba á gritar, la luna alumbró el rostro del hombre. Era su padre.

Volvió á acostarse diciendo para sí: — ¡Cuánto le ha inquietado lo que le he dicho!

Juan Valjean pasó en el jardín aque'la noche y tambien las dos siguientes. Coseta le vió por el agujero de su ventana.

La tercera noche, la luna menguaba y empezaba á salir más tarde; podria ser como la una de la mañana, cuando ella oyó una gran carcajada y la voz de su padre que la estaba llamando:

— ¡Coseta!

Saltó ella fuera de la cama, se puso corriendo su bata y abrió la ventana.

Su padre estaba abajo en la pradera.

— Te he despertado para tranquilizarte, la dijo, mira: aqui tienes la sombra que vistes con sombrero redondo.

Y al mismo tiempo la enseñaba una sombra proyectada

sobre el césped y que la luna dibujaba en términos que se asemejaba en efecto bastante bien al espectro de un hombre que tuviera puesto un sombrero redondo. Era la sombra producida por un cañon de chimenea, de hierro bañado, con cornisa ó capitel, que se elevaba sobre un tejado inmediato.

Coseta tambien se echó á reir; todas las suposiciones lúgubres se desvanecieron para ella en aquel instante; y al otro dia, cuando estaba almorzando con su padre, se divertia mucho á propósito del siniestro jardin frecuentado por sombras de chimenea.

Juan Valjean se tranquilizó tambien enteramente; por lo que hace á Coseta, no fijó ella mucho su atencion en si el cañon de chimenea se hallaba realmente en la direccion de la sombra que ella habia visto ó creido ver, y si la luna se encontraba en el mismo punto del firmamento. Tampoco se interrogó ella acerca de esta singularidad de un tubo de chimenea que teme ser cogido en flagrante delito y que se retira cuando miran su sombra, pues el hecho es que la sombra se habia borrado cuando Coseta se habia vuelto y Coseta se creyó muy segura de ello. Coseta sin embargo se serenó completamente. La demostracion la pareció plenamente satisfactoria, y en cuanto á que pudiera haber álguien que anduviera, por la tarde ó por la noche, rondando el jardin, fué cosa que salió del todo de su cabeza.

Sin embargo, algunos dias despues se produjo un nuevo incidente.

## III

## ENRIQUECIDO CON COMENTARIOS DE TOUSSAINT

Junto á la verja del jardin, inmediato á la calle, se hallaba un banco de piedra resguardado de las miradas de los curiosos por medio de un vallado, pero que sin embargo, en rigor, podia muy bien llegar hasta él el brazo de una persona que pasara por la calle, por entre la verja y el vallado.

Una noche de este mismo mes de Abril, habia salido Juan Valjean; Coseta, despues de ponerse el sol, se habia sentado en aquel poyo. El viento se refrescaba entre los árboles, Coseta soñaba; una tristeza al parecer inmotivada se iba apoderando de ella insensiblemente, esa tristeza invencible que acomete por la noche y que tal vez proviene, ¿quién sabe? del misterio de la tumba entreabierta á esas horas.

Quizas se hallaba Fantina en aquella sombra.

Coseta se levantó, dió una vuelta al jardín, muy despacio, andando sobre la yerba inundada de rocío y diciendo entre sí, en medio de la especie de sonambulismo melancólico en que estaba sumergida: — En verdad que, á estas horas, necesitaría una zuecos para el jardín. De lo contrario, es fácil resfriarse.

Y se volvió al banco.

En el momento de ir á sentarse, notó que en el mismo sitio que ella habia dejado poco ántes, habia una piedra bastante gruesa, que evidentemente no se hallaba allí hacía un instante.

Coseta consideró aquella piedra, preguntándose qué es lo que aquello significaba. De improviso la ocurrió la idea de que aquella piedra no podia haber venido sola á colocarse sobre aquel poyo, que álguien la habia puesto allí sin duda, que un brazo habia pasado al través de aquella verja, y esta idea que su imaginación la presentó al vivo la infundió cierto pavor. Esta vez ya tuvo realmente miedo, y no sin motivo: la piedra estaba allí. No habia duda posible; ella no la tocó, se ausentó de allí, sin atreverse siquiera á mirar tras de sí, refugiándose en su casa, y cerrando á toda prisa, con puertas, barra y cerrojo, la entrada del jardín por la escalera. En seguida preguntó á la Toussaint:

— ¿Es que mi padre ha entrado?

— Todavía no, señorita.

(Ya hemos indicado, una vez por todas, el tartamudeo de Toussaint. Permitásenos no volverle á acentuar; pues la anotación musical de una enfermedad es cosa que nos repugna.)

Juan Valjean, hombre caviloso y paseante nocturno, no solía entrar en casa generalmente sino á una hora muy avanzada de la noche.

— Toussaint, añadió Coseta, supongo que usted cuida bien de cerrar y atrincherar todas las noches las ventanas

que dan al jardín, á lo ménos con sus barras correspondientes, introduciendo bien las cositas de hierro en los anillitos que sirven para sujetar las barras?

— ¡ Oh! en cuanto á eso, descuide usted, señorita.

Toussaint no dejaba de hacerlo nunca, y Coseta lo sabía muy bien; pero, con todo, no pudo ménos de añadir:

— ¡ Es que está este barrio tan desierto!

— Lo que es eso, contestó la Toussaint, es mucha verdad. La asesinarían á una aquí ántes que tuviera tiempo de decir Jesús! Y añádase á todo esto que el señor no duerme en casa. Pero no tema usted nada, señorita, yo cierro las ventanas como si fueran unas bastillas. ¡ Mujeres solas! ¡ ya lo creo que es cosa que hace estremecer! ¡ Figúrese usted! ver entrar por la noche á unos hombres en su alcoba, diciendo: — ¡ Cállate! y que en seguida se ponen á cortarle á usted el cuello. No es tanto el morir, pues al fin y al cabo, hemos de morir todos alguna vez, eso es cosa sabida, que es preciso morir, sino que es la abominación de sentir á esas gentes ponerla á una sus manos encima. Y despues, sus cuchillos, que deben de cortar mal! ¡ Ay Dios mio!

— Cállese usted, dijo Coseta, y cierre bien todo.

Asustada del melodrama improvisado por Toussaint, y tal vez tambien del recuerdo de las apariciones de la semana anterior que la venian á la memoria, Coseta no se atrevió siquiera á decirle: — Vaya usted á ver la piedra que han puesto sobre el banco! por miedo de volver á abrir la puerta del jardín, y de que entrasen « los hombres. » Hizo si cerrar con el mayor cuidado todas las puertas y ventanas, hizo tambien que Toussaint visitara y registrara toda la casa, desde la cueva al granero, se encerró despues en su cuartó, echó sus cerrojos, miró debajo de su cama, y se acostó, pero durmió muy mal. Durante toda la noche estuvo ella viendo la piedra tan

gruesa como una montaña, y toda ella llena de cavernas.

Al despuntar el alba, — es propio del sol naciente el hacernos reír de todos nuestros terrores de la noche con una risa siempre proporcionada á la dosis de miedo que se ha tenido, — al nacer el sol, pues, Coseta, despertando, vió su terror como una pesadilla, y dijo entre sí: — ¿Con qué he ido yo á soñar? Lo mismo es eso sin duda que los pasos que creí haber oído por la noche, la semana anterior, en el jardín!; como la sombra del cañon de chimenea!; Es que voy yo ahora á hacerme pusilánime y cobarde? El sol, que resplandecía en las rendijas de sus ventanas, dando un color purpurino á las cortinas de damasco, la tranquilizó de tal manera, que todo se desvaneció en su pensamiento, hasta la piedra.

— Lo mismo había una piedra sobre el banco, que había un hombre con sombrero redondo en el jardín; yo soñé la piedra, como todo lo demas.

En seguida se vistió, bajó al jardín, corrió derecha al banco, y se sintió un sudor frio. La piedra se hallaba allí.

Pero esto no fué sino un momento. Lo que de noche es espanto, de día es curiosidad.

— ¡Vaya! dijo, vamos á ver qué es esto.

Levantó la piedra, que era bastante gruesa, y encontró debajo de ella algo que parecía ser una carta.

Era un sobre de papel blanco. Coseta se apoderó de él: ni había sobrescrito ninguno por un lado, ni la cre ni sello por el otro.

Sin embargo, aunque abierto, aquel sobre no estaba vacío. Entrevelanse unos papeles dentro.

Coseta se puso á registrarlos. Ya nó era miedo lo que tenía; tampoco puede decirse que era curiosidad; era más bien un principio de ansiedad.

Coseta sacó de aquel sobre lo que contenía, que era un cuadernito de papel, cuyas páginas estaban todas nu-

meradas, y tenía algunas líneas escritas con una letra bastante bonita, á juicio de Coseta, y muy fina.

Coseta buscó un nombre, pero no halló ninguno; una firma, no la había tampoco. ¿Á quién iba aquello dirigido? á ella probablemente. puesto que una mano había depositado el paquete sobre su banco. ¿De quién vendría aquello? Una fascinación irresistible se apoderó de ella; trató de apartar sus ojos de aquellas hojas de papel que temblaban en sus manos, miró al cielo, á la calle, á las acacias inundadas de luz, á las palomas que volaban sobre un tejado inmediato, hasta que por fin su mirada descendió vivamente y de improviso sobre el manuscrito, y dijo para sí que era preciso que ella supiese lo que había escrito en aquellas páginas.

Hé aquí lo que leyó:

#### IV

##### UN CORAZON BAJO UNA PIEDRA

La reduccion del universo á un solo sér, la dilatacion de un solo sér hasta Dios, tal es el amor.

---

El amor, es la salutacion de los ángeles á los astros.

---

¡ Cuán triste está el alma, cuando está triste por el amor !

---

¡ Qué vacío produce la ausencia del sér que por sí solo llena el mundo ! ¡ Oh ! ¡ cuán cierto es que el sér amado

se transforma en un Dios ! Se comprenderia que Dios tuviese celos de él, si el Padre de todas las cosas no hubiera hecho evidentemente la creacion para el alma, el alma para el amor.

---

Basta una sonrisa entrevista de léjos bajo un gorro de gasa blanca con bavolet color de lila, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

---

Dios está detras de todo, pero todo oculta á Dios. Las cosas son negras, las criaturas son opacas. Amar un sér es hacerle transparente.

---

Ciertos pensamientos son verdaderas plegarias. Hay momentos en que, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

---

Los amantes separados engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que sin embargo tienen su realidad. Los impiden verse, no pueden escribirse ; ellos encuentran una multitud de medios misteriosos para corresponderse. Se envían el canto de las aves, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, la irradiacion de las estrellas, toda la creacion. ¿ Y por qué no ? Todas las obras de Dios han sido



hechas para servir al amor. El amor es bastante poderoso para confiar á la naturaleza entera sus mensajes.

¡Oh Primavera! tú eres una carta que yo la escribo.

---

El porvenir pertenece más bien á los corazones que á las inteligencias. Amar, hé aquí la única cosa que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito, ha menester de lo inagotable.

---

El amor participa del alma misma. Es de la misma naturaleza que ella. Como ella, es él un rayo de la luz divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es un foco ígneo que está en nosotros mismos, que es inmortal é infinito, que nada puede limitar y que nada puede extinguir. Se le siente arder hasta en la médula de los huesos y se le ve irradiar hasta en el fondo del cielo.

---

¡Oh amor! ¡adoraciones! ¡deleite de dos espíritus que se comprenden, de dos corazones que se comunican, de dos miradas que se penetran! ¡Ya vendréis hácia mí, no es verdad, felicidades! Paseos de dos en las soledades! ¡días benditos y radiantes! Yo he soñado alguna vez que, de vez en cuando, se destacaban ciertas horas de la vida de los ángeles, y venían á la tierra á atravesar el destino del hombre.

---

Dios no puede añadir nada á la dicha de los que se aman sino darles una duracion sin fin. Despues de una vida de

amor, una eternidad de amor; es, en efecto, un acrecentamiento de dicha; pero aumentar en su intensidad misma la inefable felicidad que el amor procura al alma desde este mundo, es imposible, áun al mismo Dios. Dios es la plenitud del cielo; el amor es la plenitud del hombre.

---

Miráis á una estrella por dos motivos, porque es luminosa y porque es impenetrable. Tenéis junto á vosotros una irradiacion más grata y un misterio más grande, la mujer.

---

Todos nosotros, quienesquiera que seamos, tenemos nuestros séres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire, nos ahogamos. Entónces morimos. Morir por falta de amor, es horrible. Es la asfixia del alma

---

Cuando el amor ha confundido y mezclado dos séres en una unidad angélica y sagrada, se ha hallado para ellos el secreto de la vida; ya no son sino dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad cerniéndoos en las alturas!

---

El día en que una mujer que pasa junto á vosotros desprende luz al pasar, estáis perdidos, amáis. Ya no os queda sino una cosa que hacer; pensar en ella tan fijamente, que se vea ella obligada á pensar en vosotros.

---

Lo que el amor comienza, no puede ser acabado sino por Dios.

El verdadero amor se desconsuela y se embelesa por un guante perdido ó por un pañuelo hallado, y necesita la eternidad para sus consuelos y sus esperanzas. Compónese á la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Si sois piedra, sed iman; si sois planta, sed sensitiva; si sois hombre, sed amor.

Nada basta al amor. Se posee la dicha, se desea el paraíso; se posee el paraíso, se anhela el cielo.

Oh vosotros, los que amáis, todo esto se contiene en el amor. Sabed encontrarlo. El amor tiene tanta contemplación como el cielo, y más deleite que el cielo.

— ¿Viene ella aún al Luxemburgo? — No, señor. — En esta iglesia es donde ella oye misa, ¿no es verdad? — Ya no viene aquí. — ¿Continúa habitando en esta casa? — Se ha mudado. — ¿Adónde? — No lo ha dicho.

¡Qué cosa tan sombría es ignorar el paradero de su alma!

El amor tiene niñerías, las otras pasiones tienen pequeñeces. ¡Oprobio á las pasiones que hacen al hombre pequeño! ¡Honor á la que le hace niño!

¡Cosa extraña! ¿saben ustedes esto? Yo estoy en la noche. Hay un sér que, yéndose, se ha llevado consigo el cielo.

¡Oh! estar acostados, uno al lado de otro, en la misma tumba, asidas las manos, y de vez en cuando, en las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo, esto bastaría á mi eternidad.

Vosotros los que sufrís porque amáis, amad aún cada vez más. Morir de amor, es vivir.

Amad. Una transfiguración sombría y estrellada va unida á ese suplicio. Hay éxtasis en la agonía.

¡Oh alegría de las aves! poseen ellas el canto, porque poseen el nido.

El amor es una respiración celeste del aire del paraíso.

Corazones profundos, espíritus sapientes, tomad la vida como Dios la ha hecho; es una larga prueba, una preparación ininteligible para un destino desconocido. Este destino, el verdadero, empieza para el hombre en la primera grada del interior de la tumba. Algo le aparece entonces, y

comienza á distinguirlo definitivo. Lo definitivo, medita esta palabra. Los vivos ven lo infinito; lo definitivo no se deja ver sino á los muertos. Entretanto, amad y sufrid, esperad y contemplad. ¡ Ah! desgraciado el que no haya amado sino cuerpos, formas, apariencias! La muerte le quitará todo. Tratad de amar almas, y las volveréis á encontrar.

---

Yo he hallado en la calle á un jóven muy pobre, que amaba. Su sombrero era viejo, su frac raído; llevaba los codos rotos; el agua pasaba al traves de sus zapatos, y los astros al traves de su alma.

---

¡ Qué cosa tan grande es ser amado! ¡ Qué cosa, más grande aún, amar! El corazon se hace heroico, á fuerza de pasion. Ya no se compone de nada que no sea puro; ya no se apoya en nada que no sea elevado y grande. Ningun pensamiento indigno puede ya germinar en él, como una ortiga no puede germinar en un cristal. El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones y á las emociones vulgares, dominando las nubes y las sombras de este mundo, las locuras, las mentiras, los odios, las vanidades, las miserias, habita el azul del cielo, y no siente ya sino las profundas y subterráneas conmociones del destino, como la cima de las montañas siente los terremotos.

---

Si no hubiera álguien que amara, el sol se extinguiría.



## V

## COSETA DESPUES DE LA CARTA

Durante esta lectura, Coseta iba entrando poco á poco en la region de los ensueños. En el momento en que ella levantaba los ojos de la última linea del cuaderno, el lindo oficialito, — esta era su hora, — pasó con su ademan triunfal por delante de la verja. Coseta le halló feo y repugnante.

Y volvió á ponerse á contemplar el cuaderno. Estaba escrito con una letra maravillosa, en la opinion de Coseta; de la misma mano, pero con tintas diversas, unas veces muy negras, otras veces blanquizas, como cuando se añade agua al tintero, y por consiguiente, en distintos dias. De donde dedujo ella que aquello era un pensamiento que se habia derramado allí, suspiro á suspiro, irregularmente, sin órden, sin eleccion, sin objeto, al acaso. Jamas habia leído Coseta una cosa igual. Aquel manuscrito, en el cual veia ella aún más claridad que oscuridad, la producía el

efecto de un santuario entreabierto. Cada una de aquellas líneas misteriosas resplandecía á sus ojos y la inundaba el corazón de una luz extraña. La educación que ella había recibido la había hablado siempre del alma, y nunca del amor, casi imitando al que hablase del tizon y no de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas la revelaba bruscamente y de un modo insinuante todo el amor, el dolor, el destino, la vida, la eternidad, el principio y el fin. Era como una mano que se hubiera abierto y la hubiera arrojado súbitamente un puñado de rayos. En aquellas pocas líneas veía ella una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, buena, una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa, un corazón oprimido, un éxtasis dilatado. ¿Qué venía á ser aquel manuscrito? una carta. Carta sin sobrescrito ninguno, sin nombre, sin fecha, sin firma, urgente y desinteresada, enigma compuesto de verdades, mensaje de amor hecho para ser llevado por un ángel y leído por una virgen, cita dada fuera de la tierra, carta amorosa de una fantasma á una sombra. Era un ausente tranquilo y abatido que parecía dispuesto á refugiarse en la muerte, y que enviaba á la ausente el secreto del destino, la clave de la vida, el amor. Aquello había sido escrito por alguien que tenía el pié en la tumba y el dedo en el cielo. Aquellas líneas, caídas una á una sobre el papel, eran lo que pudiéramos llamar gotas de alma.

Ahora bien, ¿de quién podían venir aquellas páginas? ¿quién las habría escrito?

Coseta no vaciló ni instante. Un solo hombre

¡Él!

La luz penetró al fin en su espíritu; todo había reaparecido. Experimentaba ella al mismo tiempo una alegría inaudita y una angustia profunda. ¡Era él! ¡él quien la escribía! ¡él quien estaba allí! ¡él cuyo brazo había pasado por entre aquella verja! ¡Mientras que ella le olvidaba, él la había

vuelto á hallar! ¿Pero es que realmente le había ella olvidado? ¡No, jamás! ¿Estaba loca por ventura de haber creído un momento semejante cosa? Siempre le había ella amado, siempre le había adorado. El fuego se había cubierto y estaba latente hacia algún tiempo, pero ella veía claramente que no había hecho sino abondar y profundizar cada vez más, y ahora estallaba de nuevo y la abrazaba toda entera. Aquel cuaderno era como una chispa caída de aquella otra alma en la suya. Sentía ella recomenzar el incendio. Penetrábase de cada palabra del manuscrito: — ¡Oh, sí! decía, ¡qué bien reconozco yo todo esto! Es todo lo que yo había leído ya en sus ojos.

Acababa ella de leerle por la tercera vez, cuando el teniente Theódulo volvió á pasar de nuevo por delante de la verja, haciendo sonar sus espuelas en el empedrado. Forzoso la fué á Coseta el levantar los ojos. Le halló insípido, necio, tonto, inútil, fatuo, desagradable, impertinente y muy feo. El oficial creyó que debía honrarla con una sonrisa. Ella volvió la cara avergonzada é indignada. De buena gana le habría arrojado cualquiera cosa á la cabeza.

Se alejó de allí, volvió á entrar en casa, y se encerró en su cuarto para leer de nuevo el manuscrito, para aprenderle de memoria, y para soñar. Cuando le hubo ya leído y releído bien, le besó y se le guardó en el pecho.

Era cosa terminada, Coseta había vuelto á caer en el profundo amor seráfico. El abismo Eden acababa de volverse á abrir.

Durante todo el día, Coseta estuvo en una especie de aturdimiento. Apenas puede decirse que pensaba; sus ideas se hallaban en el estado de una madeja enredada en su cerebro; no lograba conjeturar nada; esperar en medio de cierto temblor, ¿qué? cosas vagas. No se atrevía á prometerse nada, y nada quería rehusarse tampoco. Cierta palidez pasaba por su rostro, y cierto estremecimiento por

su cuerpo. Parecía por momentos que entraba en las regiones de lo quimérico; y se decía: ¿será esto realidad? entónces tentaba el querido papel bajo sus vestidos, le estrechaba contra su corazón, sentía sus ángulos sobre su carne, y si Juan Valjean la hubiese visto en este momento, habría temblado en presencia de aquella alegría luminosa y desconocida que la rebosaba fuera de los párpados. — ¡ Oh, sí! decía ella en silencio. ¡ Sin duda es él! esto viene de él, para mí.

Y añadía que alguna intervencion de los ángeles, una celestial ventura se le había rendido.

¡ Oh transfiguracion del amor! ¡ oh dulces ensueños! esa celestial ventura, esa intervencion de los ángeles, era aquella bolita de pan lanzada por un ladron á otro ladron, desde el patio de Carlomagno á la Fosa de los Leones, por encima de los tejados de la Force.

## VI

## LOS VIEJOS SUELEN SALIR A PROPÓSITO

Llegada la noche, salió Juan Valjean. Coseta se vistió en seguida. Se arregló el pelo de la manera que la sentaba mejor, y se puso un vestido cuyo corpiño, que habia recibido una tijeretada de más, y que por esta escotadura dejaba ver el nacimicato del cuello, estaba, como dicen las joveneitas, « un poco deshonesto. » No que él tuviera ni el menor asomo de deshonestidad, sino que estaba más bonito que con cualquier otra forma. Toda esta toilette la hizo ella sin saber por qué.

¿ Quería salir? no.

¿ Esperaba alguna visita? tampoco.

Á la caída de la tarde, bajó al jardin. Toussaint estaba ocupada en la cocina, la cual daba al patio interior.

Se puso á andar bajo las ramas apartándolas de vez en

cuando con la mano, porque habia algunas que estaban muy bajas.

Así llegó por fin al banco.

La piedra habia permanecido allí.

Se sentó, y colocó su delicada y blanca mano sobre aquella piedra, como si quisiera acariciarla y darla gracias.

De repente, sintió esa impresion indefinible que se experimenta, aún sin ver nada, cuando uno tiene á alguien de pié detras de sí.

Volvió ella la cabeza y se enderezó.

En efecto, era él.

Estaba con la cabeza descubierta. Parecía descolorido y delgado en extremo. Apénas se distinguia su traje negro. El crepúsculo palidecía su hermosa frente y cubria sus ojos de tinieblas. Bajo un velo de incomparable dulzura, tenia él algo de la muerte y de la noche. Su rostro estaba iluminado por la claridad del dia que muere y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecía que aún no era la fantasma, y que ya no era el hombre.

Su sombrero se hallaba tirado á algunos pasos de distancia, entre las matas.

Coseta, á punto de desfallecer, no lanzó grito alguno. Fué retrocediendo lentamente, pues se sentia como atraída. Él no se movió. Por no sé qué de inefable y de triste que le circundaba, sentia ella la mirada de sus ojos que no veia.

Andando hácia atras, Coseta encontró en su camino un árbol y se respaldó en él. Sin aquel árbol, habria caído en tierra.

Entonces oyó su voz, que en realidad no habia ella oído jamas, que apénas se elevaba sobre el ligero zumbido de las hojas y que pronunció balbuciente estas palabras:

— Aquí estoy, perdóneme usted. Tengo el corazon lastreado, me era imposible vivir como vivia, y me he resuelto

á venir á este sitio. ¿ Ha leído usted lo que puse ahí, sobre ese banco? ¿ me conoce usted algo siquiera? no tenga usted miedo de mí. Ya hace mucho tiempo, pero ¿ se acuerda usted del dia en que me miró? Era en el Luxemburgo, junto al gladiador. ¿ Y el dia que pasó usted delante de mí? era el 16 de Junio y el 2 de Julio. Va á hacer un año. ¡ Cuánto tiempo há ya que no la he visto á usted! He preguntado á la mujer que alquila las sillas, y me respondió que ya no la veia á usted nunca. Vivía usted en la calle del Oeste en el piso tercero que da á la calle, en una casa nueva; ya ve usted que sé yo alguna cosa! Yo la seguia á usted siempre. ¿ Qué habia de hacer? Y despues, desapareció usted. Una vez que estaba yo leyendo los periódicos bajo las arcadas del Odeon, creí verla á usted pasar. Eché á correr. Pero nada. Era una persona que llevaba un sombrero como el de usted. Por las noches, vengo aquí siempre. No tema usted nada, nadie me ve. Vengo á mirar de cerca sus ventanas de usted. Ando muy despacio, para que usted no lo oiga, pues tal vez tuviera usted miedo. La otra noche estaba yo detras de usted, usted se volvió, y yo me marché á toda prisa. Una vez la oí á usted cantar. Me contemplaba yo muy dichoso de oirla. ¿ Es que la hace á usted algun mal que la oiga yo cantar al traves de las ventanas? eso no puede hacerla ningun daño. No: ¿ es verdad? Ya usted ve, usted es mi ángel, déjeme venir un poco; creo que me voy á morir. ¡ Si usted supiera! la quiero á usted tanto, que la adoro! Perdóneme usted si la hablo... yo no sé lo que la digo, quizás la enoja á usted, ¿ es que se enojará usted conmigo?

— ¡ Oh, madre mia! dijo la niña.

Y cayó á plomo sobresímisma, como si estuviese muerta.

Él se apresuró á asirla, para impedir que cayera al suelo, la tomó en sus brazos, la estrechó en ellos sin tener conciencia de lo que hacia, sosteniéndola así, vacilante y tembloroso. Se hallaba él como si tuviera la cabeza llena de

humo; pasábanle relámpagos al traves de las pestañas; sus ideas se desvanecían; parecía que consumaba un acto religioso y que cometía una profanacion. Por lo demas, no tenía el menor deseo de aquella mujer deliciosa cuya forma sentía él contra su pecho. Estaba desatinado de amor.

Tomóle ella una mano y la puso sobre su corazon. Él sintió al tacto el papel que estaba allí, y dijo balbuciente.

— ¿ Conque me ama usted ?

Ella respondió con una voz tan baja que ya no era más que un soplo que apenas se oía :

— ¡ Calla ! ¡ lo sabes tú muy bien !

Y ocultó su cabeza enrojecida en el seno del jóven, ufano y ebrio de gozo.

Cayó sobre el banco, y ella junto á él. Ya no tenían palabras. Las estrellas comenzaban á brillar. ¿ Cómo sucedió que sus labios se encontraron ? ¿ Cómo sucede que el ave canta, que la nieve se derrite, que la rosa se abre, que Mayo inspira alegría, que el alba blanquea tras de los árboles negros la vibrante cima de las colinas ?

Un beso, y nada más.

Ambos se estremecieron, y se miraron en la sombra con ojos centellantes.

No sentían ni el fresco de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad del suelo, ni la yerba mojada; se miraban uno á otro, y tenían el corazon lleno de pensamientos. Habíanse cogido las manos, sin saberlo.

Ella no le preguntaba, ni siquiera pasaba por su mente el preguntarle, por dónde habia entrado, cómo habia podido penetrar en el jardín. ¡ La parecía á ella tan sencillo y tan natural que estuviese él allí !

De vez en cuando, la rodilla de Marius tocaba á la rodilla de Coseta, y ambos se estremecían.

Por intervalos, Coseta tartamudeaba una palabra. Su

alma temblaba en sus labios como una gota de rocío en una flor.

Poco á poco se hablaron al fin. La expansion sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche brillaba espléndida y serena sobre sus cabezas. Aquellos dos seres, puros como espíritus, se lo hablaron todo, sus ensueños, sus ebriedades, sus éxtasis, sus quimeras, sus deliquios; cómo se habian adorado de léjos, cómo se habian deseado, su desesperacion cuando habian dejado de encontrarse y de verse. Confiáronse en una intimidad ideal, que nada podia ya acrecer, todo lo que hasta entónces tenían más escondido y misterioso. Refiriéronse, con una fe cándida en sus ilusiones, todo cuanto el amor, la juventud y aquel resto de infancia, que aún tenían ambos, les ponía en sus pensamientos. Aquellos dos corazones se derramaron uno en otro, de modo que, al cabo de una hora, el jóven tenía el alma de la niña y la niña á su vez poseía la del jóven. Se penetraron, se embelesaron y se deslumbraron.

Luégo que hubieron concluido, que ya se lo habian dicho todo, reclinó ella su cabeza sobre el hombro de él y le preguntó :

— ¿ Cómo se llama usted ?

— Yo me llamo Marius, contestó él. Y usted ?

— Yo me llamo Coseta.